

Andrés Sabella

El hijo desconocido de Gabriela Mistral

Para Antonio R. Romera



GABRIELA Mistral esconde un muerto, un joven muerto de transparente forma, en medio de sus ojos. El es el gramo de luz y de sombra que cargó sus pulsos hacia la poesía desgredada, desgarrada y turbulenta del instinto en cruz y del lamento sin riberas:

«¿Cómo quedan, Señor durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?».

(«Interrogaciones»), (1).

La más leve crónica del sentimiento puede influir en

(1) Las citas de poemas corresponden a la *Antología de Gabriela Mistral*, editada, en 1942, por «Zig-Zag», con un prólogo de veintiuna páginas de Ismael Edwards Matte, y portada de Mauricio Amster.

un poeta, de tal modo ardiente que ya se convertirá para su sien en la única razón de su latido. ¡Con cuánta más propiedad, entonces, la que arrojó horrendas teñiduras en el corazón de Gabriela Mistral, para ser el espacio de su destino entero!

«Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le dí.
Y en mi noche del Huerto, me han sido
Juan cobarde y el Angel hostil».
(«Nocturno»).

A no mediar esta corriente de sangre en la boca de Gabriela Mistral, ¿quién podría precisar qué zonas habría invadido con sus lavas y sus proféticas palabras de sordo eco obscuro? Cuando reconstruimos el suicidio de su galán coquimbano, el enrojecido suceso fundamental de su verbo, vemos cómo una gota de sangre inolvidable gravita en el alma de la muchacha del Valle de Elqui, haciendo de ella un sensibilísimo instrumento, propicio al sonido de la lágrima y del suspiro:

«No beses: siempre queda,
por maldición extraña,
el beso al que no alcanzan las entrañas».
(«Gotas de hiel»).

Es a aquella carne muerta a la que debemos, sin duda, el renacimiento de la Poesía en Gabriela Mistral: primero, del vientre materno le vino el don fascinante; en seguida, de las heridas del que fué la plomada ensangrentada en el vacío de sus sueños, la plomada sobre las ruinas de su ilusión. Es a este colaborador, casi desteñido por la gloria, a quién debemos agradecer el ímpetu decisivo que sacudió las vísceras y la lengua de Gabriela Mistral. Es el Bautista del camino tremante que, partiendo de un pueblo amarillento de Chile, pasa por la Desgracia, se agranda en el Mundo, y alcanza a las mismas márgenes de la Posteridad:

«Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras».

(«Extasis»).

Existe sustancial materia de ternura en este muerto, que no duerme en tierra coquimbana, sino que en el seno de las que lloraron con Gabriela Mistral la quebradura del ensueño: es su transformación en el interior de ella, su retorno mágico a las formas puras de la infancia.

Gabriela Mistral había dibujado en el cristal de la ventura un rostro de niño:

«¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron en tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente».

(«Poema del hijo»).

Sería el niño armonioso que colmaría y calmaría, el
niño celeste y terrestre, el hijo que equilibraría las lo-
curas y compensaría los abismos, el hijo equivalente a
una gavilla de poesía. El suicidio del enamorado dejó
el esbozo de aquella alegría, triste esbozo que el tiempo
se encargó de completar, de acentuar, de vitalizar para
echarlo en los jardines ideales del Verbo, donde Ga-
briela es la dulcísima pastora de las embriagueces in-
fantiles:

«El mar sus millares de olas
mece divino.
Oyendo a los mares amantes
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece los trigos.
Oyendo a los vientos amantes
mezo a mi niño.

Dios padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra
mezo mi niño».

(«Meciendo»).

El suicida fué, al mismo instante, padre e hijo de este amor tremendo y solitario. En el momento feraz de las palabras, fué la arcilla notable en que la mujer y el poeta modelaron la canción y la aureola imponderable, la estatua y la perspectiva de la eternidad sobre la estatua:

«Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste».

(«Coplas»).

Viuda antes que el azahar ciñera su frente, Gabriela Mistral guarda en su memoria la dimensión terrible del amante. Y el amante, en trabajo diferente al de la Vida, no se queda en muerto, no envejece. Por el contrario, empieza a retroceder a los centímetros sombríos de la concepción, se empequeñece, se vuelve, nuevamente, niño, un niño: el niño de Gabriela Mistral.

Este es el elegantísimo infante que el poeta acunará en sus canciones, y que, en caballo de bruma, de miel y desventura, conducirá a los mundos de la fantasía. Este es el niño que irá acomodándose en su corazón, hasta ser, allí, una nube, una rosa, una fragancia:

«A niño tan dormido
no me lo recordéis.
Dormía así en mi entraña
con mucha dejadez».
(«Sueño grande»).

Es el niño que esencializará a la niñez entera del Universo en los labios del poeta. El niño a quien los fantasmas, noche a noche, roban a la madre, para sentarlo en la falda espectral del padre deshecho, del padre en cuyos besos giran las puertas del más hermoso sueño:

«Aire insensato, estrellas
hirvientes, río
terco, porfiado buho,
sobre mi hijo».
(«Niño chiquito»).

El suicida opera la mayor de las inversiones imaginables: la de achicarse para pesar en el corazón de la mujer, con labio de brasa, esto es, con labio de niño desesperado. A medida que la cal suya se funde con los misterios terrenos, la imagen queridísima se desprende de las trágicas proporciones viriles, trocándose en diminuta efigie, límpida y penetrante:

«Duerme, duerme, dueño mío,
sin zozobra, sin temor,

aunque no se duerma mi alma,
aunque no descansa yo».

(«La madre triste»).

Gabriela es surco de maravilla para el prodigio que la Poesía desarrolla en su seno: un niño le nace a su virginidad desolada, un niño que no vislumbrará otro cielo que los ojos de la que le sostiene en el regazo bendito por el sol inmisericorde del genio.

La madre Gabriela Mistral vive atenta a los movimientos de su hijo:

«¡En la noche si me pierde,
lo trae mi sangre!
¡Y en la noche, si lo pierdo,
lo hallo por su sangre!».

(«Canción de la sangre»).

Para él escribe sus rondas y trenza el lino de sus ternezas. Este es el niño que mueve y calienta la mano del poeta, niño y rey que le anda por la boca, pidiéndole infinito:

«Este verde campo es tuyo.
¿De quién más podría ser?
Las alfalfas temblorosas
para ti se han de mecer».

(«Canción amarga»).

Y tan madre es, que no quiere que el hijo toque a la grandeza varonil, se enanche, se emparente a los que, un día, la hirieron con su amargor: lo quiere en probabilidad, en miniatura de luz, en vagido. Lo acaricia para retenerlo en la misma y suave postura de una perla en el dédalo yodado de la ostra:

«Que el niño mío
así se me queda.
No mamó mi leche
para que creciera».
(«Que no crezca»).

Pero no debe temer. Este hijo extraordinario, más que de su sangre, de la Poesía, no retornará al porte dramático: llegó a niño, viniendo de hombre, y en niño se quedará para resplandecer en la garganta del poema. Producto de un secreto malabar, este hijo provocó en Gabriela su laboriosa sed infancia.

Claparéde manifiesta que «El arte, como el juego, implica una auto-ilusión, y constituye, también, un enriquecimiento del ser, (2). Las «poesías para niños» de Gabriela Mistral resultan la sublimación de su angustia materna despedazada. Gabriela, madre nívea, integra con la canción el hueco gimiente de su entraña:

(2) E. Claparéde: «*Psicología del Niño y Pedagogía Experimental*». Traducción de Domingo Barnés, Madrid, 1927.

«Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir,
no te sueltes de mi pecho,
[duérmete apegado a mí»
(«Apegado a mí») (3).

(3) Un excelente muestrario de la vida y la obra de Gabriela Mistral, aparece en la antología de Oreste Plath: «*Poetas y Poesía de Chile*», (1941): diez páginas y los siguientes poemas completos:

- 1.—«Vieja».
- 2.—«Lago Llanquihue», y
- 3.—«Mujeres catalanas».